

EL CONQUISTADOR



SUSCRICIÓN

En Orihuela, al mes 20 cts.
En el resto de España, trimestre 60
PAGOS ANTICIPADOS

Periódico Tradicionalista

Con censura eclesiástica

REDACCION Y ADMINISTRACION

CIRCULO CARLISTA

No se devuelven los originales.
La correspondencia al Director.

¡Stabat juxta Crucem...!

«Permanecía en pie junto á la cruz de Jesús, María su Madre.»

Con estas palabras nos describe el Evangelista San Juan la actitud de María en la sublime y trágica escena del Calvario. No dice nada más el biógrafo de la Virgen nazarena. Son palabras que atestiguan un hecho, pero no lo explican.

¿Cómo pudo permanecer de *pié* una mujer, una madre, presenciando el suplicio y la muerte del hijo de sus entrañas?

Una fuerte impresión de dolor hace caer desvanecida á la persona más valerosa. La mujer no puede resistirla. Una madre no puede asistir en pie al espectáculo de la muerte de su hijo; podrá presenciar todas las angustias y todos los estertores de la agonía, contar todos sus latidos, espiar las postremas convulsiones de aquel sér querido y hasta recoger el último suspiro que se escape de su pecho, pero el supremo instante del convencimiento de la triste realidad no puede resistirlo, es preciso que se rinda, que desfallezca, que caiga, ó en brazos de los circunstantes ó en el lecho mismo del hijo que acaba de expirar. Es el huracán del dolor que pasa y aun los encumbados cedros de la fortaleza han de rendirse á su furioso empuje.

Sin embargo María no se rindió y permaneció en pie junto á la cruz. Es que estaba sostenida por una fuerza invisible de lo alto. Sí: de lo alto del madero sagrado partía el hilo misterioso que sostenía en pie á la Virgen Santísima: ese hilo era la mirada inefable de su Hijo.

Jesucristo acababa de hablar á su Madre para confiar á su cuidado y protección la humanidad delincuente.

Jesús hubo de mirar á la Virgen al dirigirle la palabra.

María sin duda alguna miraba constantemente á su Hijo y aun lo haría con mas intensidad y atención al recibir su último encargo. Las miradas del Hijo y la Madre se encontraron en aquel instante. El cable estaba ya tendido: los dos polos puestos en contacto; el circuito se había formado y la corriente estaba establecida.

¡La mirada de Jesucristo...! ¿Quién podrá explicarnos el lenguaje de aquellos divinos ojos?

El genio inmortal de Miguel Angel en el inimitable cuadro del «Juicio final» ha sabido traducir de cierto modo con el su-

riñosos, atrayentes, y, al contemplarlos, parece que se escucha la salvadora sentencia: «Venid, benditos de mi Padre...»

Por el contrario, si se mira por el lado de la izquierda donde figuran los reprobos, aquella mirada es dura, severa, mal-



blime idioma de la inspiración la elocuencia de la mirada de Jesús. En el fondo del cuadro aparece el Salvador en medio de los hombres que ya han escuchado la suprema sentencia.

Si se mira la imagen del Juez inapelable por el lado de la derecha donde están los predestinados, sus ojos son dulces, ca-

diciente, airada, con toda la ira de un Dios vengador que exclama: «Apartaos de mí, al fuego eterno.»

Tales son los contrarios efectos que produce la mirada de una imagen de Jesucristo. ¿Cuales serán los que la realidad produzca?

Así ya se comprende que al ver á Je-

sucristo en el huerto de los olivos los soldados y gente maleante que iban á prenderle, cayeran aterrados y come heridos por un rayo al salir á su encuentro. Qué verían en aquellos ojos? Que vería San Pedro en la mirada del divino Maestro después de haberle negado, que su corazón se deshizo en lágrimas tan amargas, tan copiosas que duraron toda su vida llegando, según la tradición, á hacer surcos en sus megillas?

¿Y qué vería la Santísima Virgen en los ojos del divino ajusticiado? Seguramente que en aquellos sublimes instantes asomaba por ellos la grandeza de la magestad divina y del amor infinito del Dios que moría por salvar á sus criaturas.

Por eso María los contemplaba estática; sus pupilas estaban fijas en las de su Hijo que en aquellos momentos, sin fuerzas ya para mover los labios, agota toda su dulzura y todas sus bondades para decir con los ojos á su Madre ¡Cuánto te quiero! Por tí, madre querida, sufro también esta horrorosa angustia; sin estos dolores y padecimientos míos no hubiera merecido ser concebida sin pecado y madre del que muere porque tu fueses elevada á tan alta dignidad. Todo esto y mucho más decían aquellos ojos y con qué soberana elocuencia...!

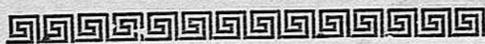
Ya puede el alma de María ser inundada por las olas de la tribulación; ya puede su corazón ser oprimido por el sufrimiento como la uva en el lagar y derretirse en lágrimas amargas que humedezcan las áridos peñascos del Gólgota; ya puede pasar desencadenado y con todos sus furores el huracán del dolor; María no cae, no puede caer, permanece en pie junto á la cruz de su hijo; está sostenida por la poderosa fuerza de atracción de aquellos divinos ojos.

Y aunque llegue el momento terrible de la abrumadora realidad, aunqud se desaten todos los elementos y se oscurezca el sol y choquen los astros y se partan las piedras, María permanece en pie: más todavía, aunque la tierra toda se conmueva, aunque bamalée la montaña sobre la cual pisa María sus virginales plantas, ella no cae, no puede caer, permanece en pie en medio de aquel universal trastorno

y aun cuando hubiese llegado á faltar la tierra bajo sus pies y, en virtud de la ley de gravedad hubiese debido caer, María no cayera jamás, porque su cuerpo no estaba abandonado á su propio peso, estaba sostenido de lo alto por la mirada inefable de aquellos ojos que aun velados por la muerte conservaban toda la irresistible fuerza de atracción de Bien infinito en la más grandiosa de sus manifestaciones.

Por eso la Virgen Santísima permaneció siempre en pie junto á la cruz de su Hijo. *Stabat juxta crucem...*

GASPAR ARCHENT.
Doctoral.



LA DOLOROSA

Era el Viernes Santo
muy de mañanica,
y pa ver los pasos
la gente corría
de una en otra calle,
de una en otra esquina.

Arrimá tras la puerta é su casa,

que está entornaica,
el triste cortejo
Isabel veía.
Lloraba abonico,
lloraba quedica,

y de ves en cuando daba unos suspiros,
que pedasos del alma paesían....

Las mujeres, al verla, callaban,
y después entre sí se desían:

—(Se estará de su hijico acordando,
aquel que mataron en aquella riña....
¡qué pena más grande!
¡pobré Isabelica!)

Y al llegar, frente á frente á su puerta,
la imagen bendita
de la Dolorosa,

Isabel hñcase de rodillas,
y anegándose en un mar de llanto,

empiesa á decirla:
—¡Madre e los Dolores!....
¡Virgen afligía!....

á mi hijo también, como al tuyo,
quitaron la vida....

Yo le vide salir de mi casa
á ganar el sustento del día;
y luego á la tarde,
ya de nochesica,

me lo traen, tó llenico de sangre,
cosío á puñalás ¡aquella alma mía!....

Tú que tienes á tu Hijo en los brazos,
muerto por nosotros con tantas fatigas....

Tú que has desrramáo
tantas lagrimicas....

Tú que estás tan sola,
Virgen doloría....

sabrás cómo amargan las que yo derramo,
y ¡qué triste es quedarse solica!....!

A. Soria



Valor y cobardía

Llámase al hombre, el sexo fuerte.
Llámase á la mujer, el sexo debil.
El hombre representa el valor, la fuerza.

La mujer imagen es de la cobardía y la pusilaminidad.

El hombre que en el orden físico desafia á los elementos, prepara su pecho para recibir el plomo enemigo é impertérrito espera la muerte en el teatro del honor, en el orden moral, llénase de cobardía, huye, se esconde.

La mujer en el orden físico, es pusilánime, es pequeña, es temerosa; en el orden moral, es valiente, es intrépida, es arrogante.

Pedro cuando oye de los labios del Maestro, que no tardará el momento en que herido el pastor serán dispersadas las ovejas, promete, jura no abandonar al Maestro.

Lo propio dicen los demás apóstoles y discípulos.

El pastor no tarda en ser herido.

Los doctores en la ley, los escribas y fariseos acompañados de la soldadesca romana, provistos de palos y lanzas salen al encuentro del Maestro y arrojándose sobre El, le prenden y maltratan.

Los que la noche antes habían jurado ni escandalizarse ni abandonar al Maestro, temen y huyen.

Se avergüenzan de ser reconocidos como discípulos del Maestro, y se esconden.

Alguno que otro, ocultando quien era, *sequebatur eun a longe*, le seguía desde lejos.

Pedro, al ser identificado por la voz de una criada, niega ser discípulo de la escuela de Jesús: jura y perjura no conocerle.

Es necesario que el gallo cante para que reconozca su cobardía.

Ni en el Sanhedrin, ni en el atrio de Pilatos, ni en la via Dolorosa, ni en la cumbre del calvario aparecen los discípulos.

Estan escondidos.

Temen ser reconocidos.

He aquí el valor convertido en cobardía.

La mujer, debil, tímida nada ha dicho.

Intrépida y valerosa háblale á Pilatos; en la via dolorosa, hácese lugar entre la chusma para enjugar con la toca de su cabeza, el rostro ensangrentado del Señor; las hijas de Jerusalém públicamente compadecen al divino reo; y cuando el Maestro es fijado y levantado en la cruz, solamente junto al instrumento del suplicio aparecen las mujeres María Madre de Jesús, María

Clofás, María Salomé y María María Magdalena.

El Maestro ha de resucitar, según lo tiene anunciado.

Es la aurora del tercer día, en el cual, el Maestro debe cumplir su palabra.

Un grupo se dirige hacia el sepulcro. ¿Serán los discípulos que querrán ser testigo de la resurrección del Maestro?

No.

Tienen miedo.

Son unas mujeres.

Ellas son las que hallan revuelta la losa que cubre el sepulcro.

Ellas, las que oyen de los angélicos labios: «¿Buscáis á Jesús de Nazaret? No está aquí, resucitó, como lo dijo.»

Ellas fueron las que llevaron la noticia de la resurrección á los discípulos

Ellas, las primeras en publicar que el Maestro había cumplido su promesa.

Ellas, las primeras en anunciar la resurrección de Jesús.

He aquí la cobardía convertida en valor.

Los hombres y las mujeres de hoy son lo mismo que los de ayer.

El hombre, el valor, la fuerza, la virilidad.

La mujer, la cobardía, el temor la pusilaminidad.

El hombre, en el orden moral teme aparecer discípulo de Jesús, se avergüenza de que público se haga, pertenece á la divina escuela, se esconde; y cuando su fé se identifica, se ruboriza y con actos contrarios á su conciencia da pruebas de una incredulidad que no profesa.

En el templo santo, para no ser conocido, busca la oscuridad, el rincón, no ser visto, no sea notada su presencia.

¿Porqué?

Tiene miedo.

He aquí el valor convertido en cobardía.

La mujer.

Públicamente se presenta fervorosa cristiana, cubierta su cabeza con la clásica mantilla, el rosario en la mano.

Manifiéstase cristiana en su casa, en la calle, en la reunión, en el templo, en todas partes.

Intrépida, desprecia las miradas despectivas que el mundo la dirige.

He aquí la cobardía convertida en valor.

Aprenda el hombre en la debilidad de la mujer, la fortaleza para confesar á Jesucristo ante los hombres, á fin de que Jesucristo le confiese ante el Padre Celestial.

«*Qui me confesus fuerit coran hominibus, confitebor et ego eum cora Patre meo.*»

FR. EUGENIO DE VALENCIA
Capuchino.



Tengo sed

Sediente la justicia eterna de reparación; abrasada de una sed infinita, clamó un día desde lo alto de una cruz, y ante un pueblo ebrio de sangre que le maldecía; *sitio, tengo sed; tengo sed* este fué el grito lanzado hace cerca de XX siglos por el Cristo Redentor; esta fué la quinta palabra que pronunciaron los labios moribundos del Hijo de Dios, en aquellos supremos momentos en que nos abría los ojos á lo infinito: y extraño fenómeno, ese grito de amor lanzado sobre las ensangrentadas rocas del Gólgota, el heco de ese grito vibrando entre el confuso griterio de los pueblos y atravesando majestuoso las generaciones de dos mil años, llegando hasta nosotros y despertando una sed infinita en la humanidad.

Si pues, la humanidad tiene también sed. El hombre de nuestra moderna civilización creé humillante y siente confesar la sed infinita que le devora, pero sus obras proclaman lo que sus labios no se otreven á revelar.

La humanidad tiene sed de lo inmenso, de lo infinito, de lo eterno y pareciéndole estrecha cárcel la tierra que pisa, hace esfuerzos titánicos, quiere romper los hierros de su prisión y vedle como lucha con la materia, quiere borrar sus distancias y estrecha su planeta y lo cubre con inmensa red de hierro por donde puede él cruzar con la rapidez del rayo; y su pensamiento no pudiendo resistir los límites del tiempo y el espacio, salva el espacio logrando inventar el poder transmitir su verbo á todas partes; y para salvar el tiempo graba su pensamiento y deja su voz á la eternidad.

La humanidad está sediente con aquella sed que el Cristo Redentor encendió en el corazón de los hombres, siendo la henergia mas grande de la civilización moderna.

Tengo sed, dijo un día el hijo de Dios y que con ella nos abrió la fuente de todas las dulzuras, de todos los consueños, de todas las alegrías, de todas las virtudes, de todos los sacrificios y de todos los heroísmos: esta palabra fué el resorte poderoso que movió á todos los grandes santos del Cristianismo á correr como el ciervo en busca de la fuente de las aguas. Tengo sed dijo Cristo y esta palabra repercutió en el corazón de los doce primeros heraldos de su Evangelio y la sed de esparcir la semilla de la sana doctrina les llevó hasta hacer en mudecer á los sabios y colocar la cruz de su maestro sobre los templos en donde se adoraba como á Dios á todo excepto á Dios. La sed de padecer impulsó á los mártires á confesar á Cristo entre el humo de las hogueras y el chasquido de los incendios hasta dar la última gota de su sangre por su Dios sangriento

en el calvario. La sed de entregarse á Cristo movió á ejércitos innumerables de anacoretas á ofrecer en el retiro y en el silencio de los desiertos el oro de su amor y el incienso de sus oraciones.

La sed de defender los dogmas sacrosantos que el Cristianismo adora de rodillas, movió las plumas de sus sabios y doctores que asombraron al mundo científico. La sed de seguir más de cerca á su divino Jesús á llenado al cielo de Santos y la Iglesia de sabios. Y con esa sed pues, diré con un eminente pensador se abrieron para la sociedad las fuentes de su purificación y los manantiales mas fecundos de su bienestar moral. Y en verdad, Europa, por haber sido la que más de cerca aplicó sus labios á esa fuente divina que nos abrió la sed de Jesús fue la más grande en su poderio religioso, moral científico, político, civilizador y social.

Tiene sed de lo infinito, de lo eterno, tiene sed: tiene sed y ¿quién la puede satisfacer? ¿Será la filosofía contemporánea? Esta no le ofrece sino el vinagre acidísimo de sus aberraciones. ¿Será la ciencia? La ciencia no le ofrece sino el vinagre de sus incertidumbres: Tiene sed. ¿La podrá satisfacer la elocuencia? La elocuencia saltará á su vista rios de palabras vacías, sofismas, y seducciones ¿Será la política? La política jamás podrá satisfacer la sed en que se consume la humanidad, porque en la fragil caña de su autoridad le presentará el vinagre de sus partidos irreconciliables y sus profundas anarquias ¿La industria? La ahogará con el humo de sus maquinas. ¿Quién pues, podrá satisfacer esa sed que abrasa los corazones? Solamente Cristo Nuestro Dios.

Por lo tanto sociedad moderna, pueblo orcelitano, tomad la esponja de vuestro corazón y empapada no con el vinagre de vuestros desórdenes, sino con el agua purísima de vuestro arrepentimiento y el vino de vuestra caridad y de vuestro amor, y correr hacia el calvario, que el Verbo del Padre, el enjendrado antes de los siglos, el Rey inmortal é invisible, Cristo Nuestro Dios pide nuestras razones diciendo *Sitio*, tengo sed.

JOSÉ TORRELLA,

Párroco de Stas. Justa y Rufina.



¡CRUCIFIGE EUM!

Ardiendo en ira y rebosando saña,
Ruge la plebe como fiera hambrienta,
Y en el balcón Pilato se presenta
Con su toga fatídica y extraña.

Llevando en vez de cetro débil caña,
Vestido con la púrpura sangrienta,
Símbolo del dolor y de la afrenta,
El Nazareno humilde le acompaña.

Ante las turbas, el Pretor romano,
Buscando á la justicia algún camino,
Nombró á Jesús y á Barrabás, en vano:

Se puso en libertad al asesino,
Y con su voto, el pueblo soberano
Clavó en la Cruz al Redentor Divino.

G. Calatayud



DOS LAVATORIOS

En el grandioso y sublime cuadro de la redención, en ese cuadro de amores divinos y de infernales odios, se destacan tres figuras: la de Jesús, hermosa como el sacrificio, brillante como el sol y consoladora como la misericordia, azotado, escupido, coronado de espinas y clavado en una cruz, para redimir á la humanidad de la esclavitud del demonio; la del pueblo judío, negro como la ingratitud y horrible como el deicidio, pidiendo con rugidos de mónstruo la muerte del Justo, y en tercer término la de Pilatos, vacilante como la cobardía y sombreada por la neblina del miedo.

Cuando en la carrera de la vida nos detenemos fatigados y buscamos fuerzas para seguir caminando, al fijar los ojos del alma en aquel cuadro admirable ¡qué variados sentimientos nos inspira! Jesús, hijo del Omnipotente, muriendo con palabras de perdón en los labios, víctima de la humanidad que redime, inspíranos afectos de adoración sin límites; el pueblo judío, matando con odio satánico, la más grande de las indignaciones, y Pilatos, condenando al Justo y lavándose las manos para aquietar su agitada conciencia, algo así como una mezcla de repulsión, desprecio y lástima.

Y estos sentimientos se renuevan al través de los siglos, desde que en el pretorio y en el Gólgota se trazó aquel cuadro hasta nuestros días, al contemplar á la Iglesia, representación de la víctima del Calvario, atacada por la impiedad, hija legítima del pueblo deicida, y abandonada por el doctrinarismo vergonzante, sucesor de Pilatos.

El crimen de pilatos fué horrible. Estaba convencido de la inocencia del acusado, y, sin embargo, lo sentenció á muerte. El temor de incurrir en el desagrado del César, de perder el cargo que desempeñaba, de sufrir algún severo castigo, acalló los gritos de su conciencia. Siendo vanos sus esfuerzos para satisfacer á la fiera sin necesidad de arrojarle pedazos del cuerpo de Aquel en quien no encontraba delito, firmó.

Sin los incensatos gritos de: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! y sin el miedo á la destitución, al destierro y á los calabozos, tal vez no hubiera firmado. Prueba de ello son las vacilaciones, las protestas, el lavatorio.

Hoy los descendientes de Pilatos también firman, también sentencian contra la Esposa Inmaculada de Jesucristo.

Pero hay, en algunas partes, no existe aquel pueblo ebrio de odio, pi-

diendo, exigiendo, mejor dicho, la condenación del Justo, y los Pilatos modernos lo condenan.

La Iglesia es vejada, oprimida vilipendiada; se dan libertades contra la Iglesia, libertades que nadie pide y que, una vez dadas, sólo aprovechan unos cuantos seres desdichados, hez y escoria de las últimas capas sociales; y los que vejan, oprimen, vilipendian, escarnecen y atropellan van luego á lavarse las manos, alardeando de fervorosos católicos, de hijos sumisos de la Iglesia, y diciendo que la responsabilidad de sus actos debe caer, no sobre ellos, sino sobre la constitución que les obliga á realizarlos.

¡Se lavan las manos con la Constitución que ellos hicieron á despecho de la inmensa mayoría! ¡Con la Constitución, que pueden cambiar ó modificar siempre que se les antoje!

¡Ah! Si Pilatos se hubiera encontrado en la situación en que se encuentran sus descendientes; si no la hubieran ensordecido los gritos de: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!; si hubiera estado en su mano el cambiar las leyes, el Justo no habría sido condenado.

El crimen de Pilatos fué horrendo, pero fué humano; el de sus descendientes es horrendo y además satánico.

Por esto decimos que la figura de Pilatos nos inspira un sentimiento de repulsión con mezcla de lástima; el de los Pilatos modernos es odioso por todos conceptos.

Como los judíos, que no satisfecha su perversidad con dar al adorable Redentor de los hombres la más afrentosa de las muertes, se burlaban de él con el más sangriento de los sarcasmos, diciéndole:

¡Bah! qui destruír templum Dei et illud in triduo reedificas, salva te-miptisum: si filius Dei es, descende de cruce; así también los sucesores del gobernador de Judea condenan á la Iglesia y luego se mofan de ella, escusándose en una Constitución que ellos mismos hicieron y que no modifican estando en su mano.

El lavatorio de Pilatos, si bien infructuoso, por que la conciencia sólo se lava con arrepentimiento, pudo ser sincero; el de sus descendientes hace el delito más grande, si cabe.

A. Mestres



Los discípulos de Jesucristo

Una de las cosas más de admirar en la Pasión de Jesucristo es la con-

ducta de sus discípulos favorecidos.

Judas le vendió, S. Pedro le negó y los demás apóstoles huyeron. Cuando el Redentor iba á exhalar el último suspiro solamente la Virgen con el discípulo amado y las santas mujeres permanecían al pié de la cruz.

El Centurión se arrepiente, pero toma la ladera del Calvario, S. Pedro llora ya su culpa, pero no viene á los piés del crucificado, los demás apóstoles gimen en silencio por su cobardía, pero no se acuerdan de que todavía es hora de confesar al Maestro llevando algún consuelo á su corazón dolorido. Mas estos lloraban siquiera su culpa.

Otros había que clamaban contra la crueldad é injusticia de los judíos, sin tener un reproche para la propia conducta.

Aquella multitud de favorecidos por los milagros de Jesucristo execraba á los Fariseos y á los inícuos jueces del pueblo de Israel y deseaba ver confundida aquella turba que pedía la sangre del Justo, pero nada más que deseaba; salir á la defensa ¡cal eso nunca, era una temeridad. De qué serviría, decían, nuestra defensa contra un pueblo embravecido, qué lograríamos de esos jueces perversos? Probablemente nuestra muerte, sin poder evitar la de Jesucristo. Mejor es, menos malo es que muera uno solo, que no que muramos muchos. Permitamos que muera el Justo, para evitar mayores males. Poco más ó menos el argumento que se haría Pilatos, que á la postre era un infiel,

Y Jesucristo se quedó solo siendo tantos sus discípulos favorecidos y admiradores como se había demostrado en el Domingo de Ramos.



La historia de la Pasión de Jesucristo es la historia de siempre; lo mismo de ayer que de hoy.

La conducta del pueblo judío con sus gobernantes y gobernados es la historia de las naciones modernas con sus prevaricaciones y cobardías.

Judas que le vendan, Pedros que le nieguen, discípulos que le abandonen, centuriones que convencidos de la divinidad de Jesucristo tomen las laderas del Calvario, son muchos, innumerables.

Hay muy pocos discípulos amados que tengan valor para arrostrar la presencia del enemigo, son muy po-

cas las mujeres, aunque algunas más que hombres, las que lloran á Jesucristo al pié de la cruz, á la vista del mundo.

Hoy se habla mucho de Jesucristo y se execra más á las turbas que le persiguen, á los jueces que le condenan, pero defenderle ¡ah! eso es otra cosa, hay que proceder despacio y meditarlo bien, y... bien meditado no defenderle, porque sería inútil exponer las vidas y perderlas por salvar la del Redentor, moriríamos todos, El y nosotros, menos malo es que muera El solo.

¡Que hoy no tiene discípulos el Redentor! ¡Ya lo creo si los tiene! Volved la cabeza á cualquier Domingo de Ramos. Recordad la espléndidas manifestaciones católicas de nuestros días. Pero como no es lo mismo seguir á Cristo en Domingo de Ramos que en Viernes Santo, pasaron aquellos días en que solo se trataba de presenciar una fiesta y deleitar el oído con la cadenciosa música de célebres oradores y llegó la ocasión de dar el voto por Cristo indisponiéndose con la autoridad, llegó el tiempo de defender á Cristo exponiendo la vida ó por lo menos el pan nuestro de cada día y entonces los discípulos y admiradores de Jesucristo se esconden en sus casas á llorar la suerte del Maestro.

Reprobable fué la conducta de Pilatos que por miedo condena á Jesucristo, pero Pilatos era infiel.

Los otros, los que le abandonan siendo causa permisiva de su muerte son discípulos...

L. Almarcha



AL PIE DE LA CRUZ

Lleno el pecho de dolor
Y de lágrimas los ojos
Postrados á tus piés de hinojos
Perdón pide un pecador.

Vuelve tu rostro enojado
A quien llora arrepentido:
Que si mucho te he ofendido
Mucho también he llorado.

Si, yo perdí la alegría
Cuando de tí me alejé,
¡Yo que tu sangre pisé
Sin saber lo que me hacía!

Yo que loco, sin razón
Abandoné tu ley santa
Y pequé con maldad tanta
Por ir tras de una ilusión.

Ilusión que fué mentira
Porque en lugar de gozar
Vino mi pecho á encontrar
El afán con que suspira.

De tí me aparté, Señor
Porque en el mundo creía
Que la dicha encontraría
¡Y tan solo hallé dolor!

Buscando felicidad
Tras los placeres corrí:
¡Mas siempre tuve ante mí
Mi culpa, mi iniquidad!

Ni un momento he disfrutado
De tranquilidad y calma.
¡Desengaños solo el alma
Acada instante ha gustado!

Tu sabes cuanto he sufrido
Cuanto han llorado mis ojos
¡Perdóname sin enojos
Lo mucho que te he ofendido!

Cruel el remordimiento
A todas horas me hostiga
¡Bastante ya me castiga
De mi conciencia el tormento!

No apartes de mí la cara
Ten piedad de mi aflicción
¡Dios mío, ten compasión
Y mil súplicas ampara!

Que si mi acento no oyera
Tu majestad soberana
¿Qué fuera de mí mañana?
¡De pena, Señor, muriera!

Pero no, no puede ser
Que esperándome has estado
En ese leño clavado
Hasta que quise volver.

Mientras que fuera de mí
Insensato te ofendía,
Siempre tu amor me seguía
Siempre llamándome á tí.

¡Tu amándome hasta morir
Y morir crucificado!
¡Yo ciego, desatentado
Solo á mi culpa seguir!

Señor, contra tí pequé;
Mas no mires mi pasado
Que ya todo mi pecado
Con amargura espíe.

Es verdad que te he ofendido
Mas perdón, perdón te implora
El que como un niño llora

A tus piés arrepentido
Mira solo mi dolor
Que no me deja seguir....
Mira... que voy á morir
Si te me apartas, Señor.

Calma, templa mi aflicción
Vuelve á mí tu rostro santo,
¡Dios del alma! me ahoga el llanto
¡Clemencia! ¡piedad! ¡perdón!

PASCUAL MAS



¡BLASFEMABAN...!

Y los que pasaban blasfemaban de El. (Marc. XV, 29.)

Nuestra sociedad está corrompida hasta la médula de los huesos. No importa que alardee de sabia y de artista y que presuma que anda por las sendas de la civilización. No importa que se corone con la diadema de sus triunfos en la ciencia, ni que se vista de púrpura y oro, como reina del progreso, ni que vuele como el rayo, ni que casi se eleve á las alturas de los astros rodeada de luz, ni que horadela montañas, ni divida con canales atrevidos los continentes, ni que recree los ojos en los bazares de la industria y halague sus oídos con el estrépito armonioso de la música wagneriana. Ella está cubierta de úlceras hondas. Es una leprosa que se atavía con vistosas galas para ocultar los cánceres que la consumen; va disfrazada de sana y es una enferma de muerte.

¿Creéis que exagero? Pues ella misma se delata, sin que lo puedan remediar, ni disimular siquiera, todos sus progresos, puesto que la venden sus palabras.

¡Qué faltas en ella en fe! ¡Qué ignorancia más absoluta de los bienes eternos! ¡Qué vacío más hondo de caridad! ¡Qué desesperación de los remedios de sus males! ¡Qué semejanza más horrenda con los perennes castigos del infierno! Como condenada siente sus males, puesto que no espera, como réproba maldice á sus semejantes, puesto que no los ama; y como legión de demonios se vuelve contra Dios, puesto que lo blasfema.

Blasfemar es propia solamente de los pecitos, no de los hombres que peregrinan por el destierro en pos de la bienaventuranza. El que blasfema de Dios á hora y deshora, ¿qué amará en el mundo sino su propia corrupción? El que blasfema de lo más alto, ¿qué ideales acariciará que no sean la suma de todas las injusticias y el colmo de todas las liviandades? El que blasfema de lo más santo, ¿qué virtudes, ni qué sacrificios, ni qué santidad respetará en sus semejantes?

Blasfemaban en el Gólgota los judíos de Jesús, que los había asombrado con sus milagros y edificado con los ejemplos de sus virtudes é iluminado con la radiante luz de su doctrina. Porque lo vieron poderoso, lo despreciaron al mirarlo crucificado en el madero. Porque no encontraron defecto en su vida, lo maldijeron,

viéndolo castigado entre ladrones. Porque no pudieron resistir la fuerza de su palabra, pusiéronse á increparlo, cuando lo vieron callado en la cruz. También los blasfemos de ahora injurian á Dios, porque no miran su poder, que parece que se oculta detrás de los cielos, aunque saben que es el Criador de los cielos y de la tierra y el que da de comer á todas las criaturas del universo mundo.

El blasfemo es un cobarde que maldice de Dios cuando no siente en el pecho el estallar de su justicia; es un cobarde en el más hondo de los abismos; es un extraviado y perdido en laberintos más intrincados que el de Creta; es un naufrago en un mar sin faros, ni puertos, ni playas amigas; porque es un reo de lesa majestad; para quien todos son, ó deben ser, jueces inexorables.

La blasfemia es el grito de guerra con que los secuaces de Satanás traspasan todas las leyes de la divina justicia; por eso sale como un trueno de los labios del asesino y se escucha juntamente con la explosión de la pistola que mata y del alarido del que muere. Es el rugido con que el ladrón aterra al que roba, y el silbo de serpiente con que la ira cobarde se enseña despojando de la honra á su enemigo. Por eso no ocurre en las cristianas aldeas, donde reina la paz y se gana el pan con el sudor de su frente, y se ama con sencillez y se llora con resignación, y se viste el cuerpo para defenderlo del calor y del frío, y no hay afeites para el rostro, ni más galas y bizarrías que las que da la propia y espontánea naturaleza.

Allí donde las pasiones hierven y se codicia el oro y la mujer ajena, donde el arte levanta monumentos en desprecio de Dios y teatros donde se quebrantan en honra del progreso, las divinas leyes, allí donde los placeres no son honestos, ni tranquilos y no gustan las veladas del hogar, sino el desvelo pendenciero y trasnochador; en aquellas ciudades populosas, donde todos estos desmanes llegan á lo sumo, donde los goces son más refinados y sibaríticos los banquetes, y más traviesa y descocada la gracia y más cruces lleva el orgullo en el pecho; allí, donde se encienden todas las calderas, y se da todo el vapor, y se rompen de una vez todas las amarras, y se sueltan todos los frenos del barco del progreso para llegar más pronto á lo desconocido, allí es donde más retruena la blasfemia, que deja atónita á la fe, indignada la piedad y muerta la inocencia.

¡Desdichada nación donde á todas horas suena, sin que lo impidan los reyes, un perenne crujir de dientes, como en los abismos, y un eterno blasfemar, porque esa nación está muy lejos de la dicha y muy cerca de que sobre ella estalle la horrorosa tempestad de la justicia de Dios!

¡Desdichada nación! Ella será maldita, como los deicidas y blasfemos del Calvario. La sangre de Cristo derramada en la cruz sea poderosa para impedir en nuestra Patria tamaña desventura.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA,
De las Escuelas Pías.